



Aceptar la duda

La crisis como señal de progreso

ANSELM GRÜN

Kairós

Anselm Grün

Aceptar la duda

La crisis como señal de progreso

Traducción del alemán de Francisco García Lorenzana

editorial **K**airós

Título original: DEN ZWEIFEL UMARMEN

© 2019 by Kösel-Verlag, München,
in der Verlagsgruppe Random House GmbH,
München and Vier-Türme Verlag, 97359 Münsterschwarzach

© 2020 by Editorial Kairós, S.A.
Numancia 117-121, 08029 Barcelona, España
www.editorialkairos.com

Composición: Pablo Barrio

Diseño cubierta: Katrien Van Steen

Primera edición en papel: Enero 2021

Primera edición en digital: Enero 2021

ISBN papel: 978-84-9988-840-8

ISBN epub: 978-84-9988-874-3

ISBN kindle: 978-84-9988-875-0

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Sumario

Introducción

1. Duda y conocimiento
2. La duda en las relaciones personales
3. Dudar de la capacidad de los empleados
4. Dudar de uno mismo
5. Duda y fe
6. La duda en momentos de enfermedad y necesidad
7. El anhelo de certeza
8. Dudar de los dogmas
9. Gestionar las dudas de los niños
10. Fe y desesperación
11. La desesperación como experiencia humana básica
12. Observación final

Bibliografía

Introducción

A veces, algunas personas se acusan durante la confesión: «He dudado de Dios», o «He dudado de la fe». Consideran que la duda es un pecado; sin embargo, la duda pertenece a la esencia de la fe. La duda fortalecerá la fe y la cuestionará para que siempre nos volvamos a preguntar ¿qué creo realmente? ¿Qué significa que Dios existe, que Cristo resucitó, y que fuimos salvados por Él? ¿Qué significa para mí la vida eterna? Como las personas no pueden conocer la verdadera naturaleza de Dios, la duda es una compañera imprescindible en el intento de comprender cada vez más y mejor este misterio.

Ahora bien, existe asimismo la duda que lo pone todo en duda no para profundizar en la fe, sino para mantenerla bien alejada. Se duda de todo para mantener una distancia con todo lo que pueda tener relación con la fe, con el objetivo de vivir sin obligaciones. Esta duda no se aplica solo a la fe, sino a cualquier conocimiento. La filosofía la designa como la *duda absoluta*. Esta duda conduce al escepticismo. Niega todo conocimiento y es el fundamento de la inacción. El escéptico siempre guarda las distancias con todo. Sus acciones no se basan en la fe ni en el

conocimiento, ni siquiera en la responsabilidad. Siempre es un espectador.

La filosofía también reconoce la duda existencial, que duda del sentido del destino. Esta duda conduce a la desesperación que en la tradición espiritual equivale a un pecado. La palabra alemana «*Ver-zweiflung*» tiene el significado de la duda radical, que nos arrebata los cimientos de nuestro ser y las raíces de nuestra existencia.¹

La duda no aparece solo en el ámbito de la fe, sino también en el de las relaciones personales. Cuando una persona se enamora, siempre tiene la duda de si la otra persona es la más adecuada para él. Y aunque se una a esa persona en matrimonio, siempre tendrá sus dudas. Y también existe la duda como motivación para la investigación. Así un proverbio iraní dice: «La duda es la llave del conocimiento». La duda nos obliga a investigar en profundidad lo que nos parece dudoso. Esta duda se conoce como *duda metódica*; sirve para profundizar cada vez más en el conocimiento. Pero también existe la duda moral, que niega todas las normas morales y conduce al relativismo.

La palabra alemana «*Zweifel*» [duda] deriva del número «*zwei*» [dos] y de «*falten*» [doblar/plegar]. Algo que está doblado dos veces. Por eso «*Zweifel*» significa «una doble incertidumbre». Si reflexionamos sobre la palabra «*Zweifel*», llegamos a una experiencia esencial de la

humanidad. Aprendemos que todo está emparejado: existen la luz y las tinieblas, el cielo y la tierra, el hombre y la mujer, la fe y la incredulidad. En la vida existe la dualidad; y al mismo tiempo ansiamos la unidad, ansiamos ser uno. Esta ansia, sobre todo, fue muy fuerte en los griegos. Así, la duda nos conduce a la esencia de nuestra existencia humana. Como personas somos alma y cuerpo, espíritu y materia, hombre y mujer. En nosotros siempre tenemos dos polos. Pero a pesar de eso, ansiamos ser uno, llegar a un acuerdo con nosotros mismos. No obstante, este camino hacia la unidad pasa siempre por la dualidad, por la duplicidad. Por eso en la persona no existe solo la experiencia de la duda y de la incertidumbre, sino también el ansia de unidad y certeza. Precisamente, en nuestro mundo plural, que ofrece tantas posibilidades de pecar, que confunden a las personas, estas ansían un descanso, ansían claridad, seguridad en lo que creen y en su modo de vida.

Por este motivo, no quiero reflexionar solo sobre la duda y la desesperación, sino también sobre la experiencia de la certeza, sobre la experiencia de que hay algo que sabemos con toda seguridad, que conocemos con toda claridad. La certeza puede ser una experiencia espiritual, como la que vivió Pascal durante la noche del 23 de noviembre de 1654. En ella, Pascal experimentó la presencia de Dios como certeza y alegría. Reflejó esta experiencia en su famoso *Memorial*: «Fuego. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos ni de los sabios. Certeza, certeza, sentimientos: alegría, paz. Dios de Jesucristo». Estas

experiencias de la certeza son experiencias de la Gracia. En esos instantes desaparece la duda. De repente todo está claro. Así sentimos una seguridad interior: esto es la verdad. Sobre ella podemos construir. Todos ansiamos este tipo de experiencias.

Pero no existe solo este tipo de experiencias místicas de una certeza profunda. También hay personas que están seguras de su fe. No la ponen en cuestión. No son rígidos y tercos. Irradian una certeza natural. Estas personas están dotadas de una confianza profunda en la vida y de un anclaje muy firme en Dios. Han podido crecer a partir de las exigencias de la vida porque se yerguen sobre un terreno firme. Todos ansiamos este tipo de certeza, ansiamos una fe a la que nos podamos aferrar, como nos desea Pablo: «Manteneos despiertos y firmes en la fe: tened mucho valor y firmeza» (1 Cor 16:13). Siempre que aparece la duda y la incertidumbre en nuestra vida ansiamos tener algún tipo de fe, como se describe en la Epístola a los Hebreos: «Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos» (Heb 11:1). En medio de la inseguridad y de la incertidumbre que nos rodea por todas partes, necesitamos un fundamento seguro sobre el que permanecer.

Por eso, en este libro quiero reflexionar sobre cómo se relacionan la fe y la duda, cómo la duda y el ansia de certeza se refuerzan mutuamente, qué papel desempeña la

duda en nuestra vida, cómo la duda refuerza la fe y el conocimiento y cómo la duda nos impide vivir y creer, y cómo podemos superar la desesperación que a veces nos asalta.

1. Duda y conocimiento

Algunos dicen que el asombro es el principio de la filosofía. Otros consideran que empieza con la duda, porque la duda nos obliga a reflexionar más sobre la vida, sobre la humanidad y sobre Dios. Eso creía el filósofo y teólogo medieval Abelardo: «A través de la duda llegamos a la investigación; y a través de la investigación alcanzamos la verdad». Para Abelardo era necesario poner en duda todos los fundamentos filosóficos y también todas las afirmaciones de la fe, para conocer mejor cuál es la verdad esencial. En el proceso de investigación conseguimos saber qué significan realmente las afirmaciones de la fe. Sencillamente tener por ciertas las palabras, sin analizarlas, va en contra de la dignidad del espíritu humano. Así desarrolló Abelardo el método del *Sic et Non*, para conocer la verdad a través de las dudas.

La filosofía distingue diferentes formas de duda. Existe la duda sobre la claridad de una afirmación; también se puede dudar de una afirmación. La segunda forma es la duda sobre el valor de una acción (duda de su calidad moral), y la tercera forma es la duda sobre el sentido y el objetivo de la vida humana (duda de la trascendencia existencial) (cf.

Beiner, «Zweifel» en TRE 767). La duda procede del «sentido ambiguo». Todo también puede tener un sentido doble. Por eso podemos dudar siempre de una afirmación; siempre podría existir una afirmación que se ajustase mejor a los hechos.

Uno de los filósofos que elevó la duda a principio metodológico fue René Descartes. A partir de la duda sobre todas las afirmaciones establece un punto de partida firme e inamovible, «del que ya no se puede dudar». Su famosa sentencia dice: «*Cogito ergo sum*. Pienso, luego existo». Melanie Beiner lo explica de la siguiente manera: «La duda como acto del pensamiento puede poner en cuestión cualquier contenido del pensamiento, pero no la acción de pensar en sí mismo» (*Ibídem*, 769). Descartes considera como verdadero lo que «puedo comprender de manera clara y manifiesta». Con ello, la «seguridad en sí mismo del sujeto pensante se convierte en el fundamento indudable de todo conocimiento» (*Ibídem*, 769). Eso ya lo había planteado de manera similar san Agustín mucho antes que Descartes. Este considera que la duda viene acompañada de condiciones de las que no se puede dudar. Por eso dice Agustín: «El hecho de vivir, de recordar, de querer, de pensar, de saber y de juzgar: ¿quién duda de eso? [...] Quien dude de todo lo demás nunca puede dudar de estas cosas. Porque si no fueran firmes, le sería imposible dudar» (*Ibídem*, 768: Agustín, *De Trinitate X*, 1914).

El filósofo social alemán Max Weber considera que «la duda más radical es la madre del conocimiento». Cuando dudamos de algo, nos implicamos y queremos saber más y mejor de lo que se trata. Así, la duda es el motor no solo de la filosofía, sino también de las ciencias naturales. Cada experimento de las ciencias naturales parte de la duda sobre los conocimientos existentes en cada momento. Dudamos de los resultados conseguidos hasta ahora y queremos analizar con más precisión lo que constituye la realidad. Los físicos Heisenberg y Pauli empezaron a dudar, a través de sus experimentos, acerca de que la física que aprendieron de Newton fuera correcta; así desarrollaron una física nueva: la física cuántica. Pero también en este ámbito se plantean dudas, que obligan al investigador de la naturaleza a analizar con mayor exactitud la naturaleza y sus leyes.

Un proverbio de la India lo expresa de una manera muy hermosa: «La duda es la sala de espera del conocimiento». La duda no se conforma con los conocimientos que existen en este momento. Quiere saber más. Así que la duda es como un motor que ha impulsado a filósofos, teólogos y científicos a seguir investigando. Sin la duda no habríamos alcanzado nunca el nivel actual de nuestros conocimientos.

El investigador científico empieza poniendo en duda los resultados que se han alcanzado en la investigación hasta el momento: ¿es esta la última verdad? ¿O solo hemos analizado la superficie? La duda obliga al científico a

realizar experimentos para confirmar lo aprendido hasta ahora, o para ponerlo en duda. A partir de aquí, la duda obliga a investigar las cosas con mayor profundidad hasta que el científico se da por satisfecho. Pero esta satisfacción no es nunca una satisfacción definitiva. Por eso el investigador siempre irá poniendo en duda lo aprendido hasta el momento para explorar con mayor precisión la realidad.

Uno de los mayores escépticos entre los filósofos fue E.M. Cioran, que era originario de Rumanía, estudió filosofía en Berlín y después vivió en Francia. Según él, Friedrich Nietzsche no fue suficientemente radical. Cioran duda de todo, también del sentido de la vida. Pero una cosa de la que no duda es del poder de la música. Así escribe en un aforismo: «La duda aparece en todas partes, con una excepción remarcable: no existe una música escéptica» (Cioran, *Werke*, 1976). Y en otro aforismo dice: «A excepción de la música, todo es un engaño, incluso la soledad, incluso el éxtasis» (1924). Y cuando una vez escuchó *El arte de la fuga* tocado al órgano en la iglesia de Saint-Séverin, no dejaba de repetirse: «Esta es la refutación de todas mis maldiciones» (*Ibíd*, 1921).

¿Cómo te ha ayudado la duda a conseguir conocimientos nuevos? ¿Sabes dudar de las cosas que aparecen publicadas en los diarios? ¿Aceptas los resultados de las diferentes investigaciones actuales,

por ejemplo, en el campo de la alimentación sana? ¿Qué ocurriría si aceptaras todo lo que te presentan como resultado de diferentes investigaciones? Existen muchas propuestas diferentes de cómo nos tendríamos que alimentar. Si lo aceptases todo sin reflexionar, tendrías que cambiar cada año de tipo de alimentación. Pero, ¿cómo te ayuda la duda a encontrar el camino correcto para ti y para tu alimentación? Verás que la duda te obligará, a pesar de todo, a decidirte por un camino para tu alimentación y tu forma de vivir. Está claro que en ello no te pueden ayudar los resultados de las diferentes investigaciones, que con frecuencia han sido encargadas por grupos de interés. Pero ayuda a que tu propio sentido encuentre entre todas las ofertas la que se ajusta más a tu forma de ser.

¿Cuál es para ti el punto del que no se puede dudar? Para Descartes es el *cogito ergo sum*. ¿Cómo definirías el terreno sobre el que te encuentras y del que no dudas? ¿Se trata de la música como para Cioran? ¿O sientes una certeza interior en la fe cuando asistes al culto divino?

Reflexiona sobre cómo la duda te ha llevado a conseguir conocimientos nuevos. ¿Cómo utilizaste la duda para aprender la verdad?

Conoces la duda filosófica de los niños. Los niños lo preguntan todo: ¿por qué esto es así? Los niños dudan